

bITÁCORA dE eSTRAGOS

(Ese gran simulacro
del olvido y del recuerdo)

JUAN A.S. CAÑIBANO

Dedicado a mi madre
por darme una tierra,
un origen.

Dedicado a Eva
por llenar esa tierra de brotes verdes,
trigo dorado,
alpacas bajo manto de guirnaldas
y un sentido a todo,
un destino.

bITÁCORA dE eSTRAGOS

Ese gran simulacro del olvido y del recuerdo
donde lo mayúsculo de la vida
pasa a ser irreal, insignificante y
los pequeños, minúsculos detalles,
pasan a ser la historia principal.

Cada vez que nos dan clases de amnesia
como si nunca hubieran existido
los combustibles ojos del alma
o los labios de la pena huérfana
cada vez que nos dan clases de amnesia
y nos comminan a borrar
la ebriedad del sufrimiento
me convenzo de que mi región

puede ser farándula
pena para unos
risas para otros

cada vez que me impongo clases de amnesia
brotan toneles de rones especiados
aviones que por alejarme vuelan estrellados
niños, sonrisas, balones
porterías en la pared pintadas

en mi región
hay caricias e intensas miradas
montañas siempre sagradas
hogueras, fresnos, cabrones
en mi amnesia
hay ballenas gigantes como dragones
en el fondo del mar ancladas
que reviven ante lágrimas derramadas
y esquivan barcas de azul pintadas

porque ya no hay ‘enlorquecidos’
que lloren por las heridas de los elefantes
y sí alcaldes AVARICIOSOS
que sirven de comida a lobos
mastines que siempre vuelan
ranas SOBERBIAS que ladran a la luna
LUJURIA de húmedas babosas
galgos PEREZOSOS que nunca sueñan
cónidores que se entregan ebrios a la GULA
grillos IRACUNDOS que al sol aúllan
ajenas ENVIDIAS todas
TRISTEZA alguna

hay capris y Nápoles

acantilados, analcores y alcotanes
machupicchus y machapuchares
razones, alcorcones y cotanes

hay llantos acallados por risas
melancolías estragadas por el olvido
risas arrasadas por melancolías

el olvido está tan lleno de memoria
que a veces no caben las remembranzas
y hay que tirar rencores por la borda

en el fondo el olvido es un gran simulacro

pena para seres amados
farándula para extraños
nadie sabe ni puede, aunque quiera, olvidar
un gran simulacro repleto de fantasmas
lorcas y ferreiros, morentes y cohenes
faeminos, ciges, gabos y delibes
vetustas, suecias, serrats y simones
lukoshsh, manuelas, noahs y albas
porque el mundo es azul
y siempre amanece, que no es poco

el día o la noche en que el olvido estalle
salte en pedazos o crepite/
los recuerdos atroces y los de maravilla
quebrará los barrotes de fuego
arrastrarán por fin la verdad por el mundo
y esa verdad será que NO HAY OLVIDO

Ese gran simulacro
Mario Benedetti

Esa gran farándula
Juan A.S. Cañibano.

bitácora

1. En la marina mercante, se conoce con el nombre de cuaderno de bitácora al libro en el que los marineros, en sus respectivas guardias, registraban los datos de todo lo acontecido. Significa hábito o registro de los hábitos.
2. El cuaderno o bitácora de trabajo es un cuaderno en el cual escritores, estudiantes, diseñadores y artistas, entre otros, desarrollan sus bocetos, toman nota de recuerdos y cualquier información que consideren que puede resultar útil para su trabajo o información que necesiten guardar.

estrago

1. Daño o destrucción producida por una acción natural o por la mano del hombre.
2. Daño o perjuicio moral.

(El estrago es un delito penal grave)

memoria

1. Capacidad de recordar.
2. Imagen o conjunto de imágenes de hechos pasados que quedan en la mente.

olvido

1. Pérdida o cese de un recuerdo.
2. Hecho de no estar presente algo o alguien en la memoria.
3. Hecho de no recordar algo concreto.

0. INOCENCIA. DÓNDE HABITA EL OLVIDO



inocencia

1. Condición del que está libre de culpa o de pecado.
2. Falta de malicia, mala intención o picardía.

Playlist “0. Había Nacido Bitácora”

URL: <https://spoti.fi/2N2vF58>

Lista Completa:

1. Also sprack Zarathustra, Op.30: Prelude // Richard Strauss
2. Alalá Das Mariñas // Milladoiro
3. Time to Dance // The Shoes
4. Wake Up // Arcade Fire
5. Donde Habita el Olvido // Joaquín Sabina
6. Symphony No.5 In C Minor. Allegro // L. van Beethoven
7. A Day In The Life // The Beatles
- 7+1. Grito Hacia Roma Desde La Torre Oscura //
Federico García Lorca + Miguel Poveda

“Cuando se despertó,
no recordaba nada
de la noche anterior (...)
Y la vida siguió,
como siguen las cosas que no
tienen mucho sentido.
Una vez me contó,
un amigo común, que la vio
DONDE HABITA EL OLVIDO”

Joaquín Sabina

Nápoles

16 de septiembre de 2016

¡Mierda! Arriba, a levantarse... piiii.... rrrr... piiii...
El sonido horroroso del móvil me hacía retorcerme por toda la cama como la cola recién cortada de una lagartija. No daba con el escurridizo teléfono. ¡Maldito cacharro infernal! No podía ser. Con lo que me gustaba despertarme a ritmo de trompetas y tambores victoriosos o arpas dulces anunciando el alba, pero no, era un espantoso zumbido metálico el que intentaba rescatarme de las aguas heladas de un nuevo e indómito mar aún no surcado por grandes galeones al que caí por la borda de una pequeña barca azul golpeada por un gigantesco pez globo de vivos colores. El móvil impidió que el juguetón pez me engullera y me rescató del mundo de los sueños devolviéndome nuevamente a la vida real. ¿Qué es real? ¿Qué es mentira?

El maldito politono no era ni mucho menos lo que esperaba oír a primera hora. Me dolía la cabeza. ¡Mierda! Si hubiera sido un día normal de trabajo, en ese momento exacto de las 7:00 AM estaría sonando la sintonía de ‘Hoy Empieza Todo’ de Radio3: ‘Time to Dance’ de The Shoes. La voz de Ángel Carmona, el locutor, hubiera servido de limpia-legañas, arrancando la primera sonrisa y acompañando mis bostezos. Me hubiera gustado buscar alguna canción que me ayudara a paliar el dolor de cabeza entre mis infinitas listas de Spotify y seguramente hubiera caído en el estoico himno a golpe de “lo-lo-lo” de Arcade Fire, ‘Wake Up’. En ese momento mi ser consciente repasaría cómo iba a ser el día mientras que mi subconsciente, siempre victorioso, se zambulliría entre las sábanas cabalgando sobre el pez globo nuevamente a mar abierto en busca de islas imaginarias o volaría más allá del reino de la almohada manteniendo absurdas conversaciones con todo tipo de animales desvergonzados que no se ruborizaban al acercarse hasta mí para contarme sus vidas, filias y fobias. La guitarra aporreada de la canción estrujaría mi espina dorsal desde el sacro hasta la nuca: “Wake up, wake up”. Despierta, despierta... “my heart’s colder and I can see that it’s a lie” ... “mi corazón está más frío y puedo ver que es mentira”, diría la canción.

Pero... Algo falló ese día. No era ni música ni la radio. Sonaba un aberrante politono de despertador. Conseguí atrapar el móvil que huía de mis tentáculos hacia lo más profundo de la cama. Apagué la alarma y me resigné a seguir el ritual de todos los días: sentarme en el borde de la cama, manosear el móvil siempre sin contraseña, desbloquear la pantalla con un simple movimiento del dedo, achinar los ojos como un esquimal al sorprenderme el

fogonazo de la luz de la pantalla, esperar a que mi vista se adaptara al nuevo universo, rascarme la entrepierna, pasarme la mano repetidamente por la cabeza hasta despeinarme por completo y, finalmente, presionar el icono de la única aplicación que aparece en la pantalla del móvil: "Bitácora".

Algo extraño estaba pasando. Además del icono de Bitácora había dos iconos más. Uno era de un fichero de notas de texto y el otro un acceso directo a Spotify. Presioné este último y empezó a oírse Joaquín Sabina. Era una canción muy conocida, pero ni mucho menos una de mis preferidas. ¿Por qué estaba ahí? No lo sabía, pero confiaba en que Bitácora me ayudaría a descubrirlo.

“Cuando se despertó,
no recordaba nada
de la noche anterior (...)
Pero ya no era ayer,
sino mañana.
y un insolente sol,
como un ladrón, entró
por la ventana.
Era la hora de huir
y se fue, sin decir:
llámame un día.
Y la vida siguió,
como siguen las cosas que no
tienen mucho sentido,
una vez me contó,
un amigo común, que la vio
Donde Habita El Olvido”

‘Donde habita el olvido’ no era mal título para una noche de amnesia.

No entendía nada. ¿Quién habría puesto esos iconos ahí? ¿Quién habría estado hurgando en mi móvil? Yo no fui, claramente... o quizás sí. Entré en Bitácora y revisé muy por encima los “Registros de Vida” que me presentaba: estaba en Nápoles, había pasado la tarde paseando y luego bebiendo hasta bien tarde, había ido a mi habitación con una mujer con la que estuve follando hasta casi el amanecer. Eran las 10:02 AM. El dolor de cabeza era fuertísimo. Un dolor conocido que me acompañaba tantas y tantas veces. Era el dolor de cabeza con el que me despertaba las mañanas después de un proceso típico de amnesia.

Sí. Amnesia. No resaca.

AMNESIA. Una enfermedad. Amnesia Retrógrada. En concreto, Fosfenia Amnesia Retrógrada SemiOrgánica, FARS. Cuatro malvadas palabras puestas juntas que marcaron mi vida desde los 15 años. “Amnesia”

por ser un trastorno de la memoria durante el cual, o bien no se almacena información, o bien no se puede recuperar. “Retrógrada” ya que borra los recuerdos recientes que hayan ocurrido justo antes del comienzo del evento, las cuatro, las seis o hasta las ocho horas anteriores al suceso. “SemiOrgánica” por originarse tras un traumatismo cerebral, pero no se descarta clínicamente que estuviera asociada a una respuesta ante un trauma psicológico. “Fosfenia” porque ante el evento o suceso que genera la posterior amnesia se generan fosfenos, una especie de sensaciones luminosas provocadas por la fijación de la vista en algo brillante, resplandeciente. Lo típico que me ocurría cuando era un niño y cerraba los ojos después de haber aguantado casi un minuto mirando el sol tumbado en el césped. “Chiribitas”, decía mi abuelo. Lo que parece gracioso ante la mirada de un niño para mí era el presagio de los estragos en mi memoria. Los fosfenos anuncianaban el borrado ineludible de mis recuerdos recientes.

Mi vida se vio condicionada por esta rara enfermedad. Tuve que aprender a vivir con ella desde pequeño. Al principio no entendía nada y todos daban por hecho que era un teatro que me montaba yo solito, una FARSA, un paripé, un truco para olvidarme de cosas e inventar otras. Para mí era traumático, demoledor, dañino, y mi vida empezó a girar en torno a esta rara enfermedad: la FARS, o farsita como le llamaba cariñosamente mi madre haciendo un juego de palabras.

Un niño de quince años que empieza a notar como sus recuerdos se evaporan, que le toman por mentiroso, por loco. Un niño que se derrumba ante algo que no entiende, que no consigue controlar. Y que se las ingenió para superarlo.

De ahí que mi móvil no tuviera contraseña, que al arrancarlo apareciera un único ícono que era imposible obviar y que daba acceso a una aplicación auto-guiada que registraba mi vida por completo. La aplicación lo registraba casi todo sobre mi vida pasada, con un lujo de detalles impensable para muchos. Reconocía los lugares en los que había estado o simplemente me había acercado accediendo a mi rastro de GPS. Detectaba gente que conocía, con la que había estado en esas horas y registraba todas las personas con las que me había cruzado revisando información de detección facial en cámaras públicas o privadas de televisión, accesos wifi o trackers de todo tipo. Escrutaba todo tipo de pagos realizados directamente por mí o por gente con la que estuviera cerca. Extraía información de visitas a portales de compras, páginas web o anuncios a mi paso. Imaginaba lo que podría haber comido dependiendo del restaurante y las kilocalorías consumidas en función de mis fotos o de otras personas que frecuentaran el lugar. Barría por completo cualquier red social existente: Facebook, Instagram, Twitter, Google, ... Registraba si había conducido correcta o agresivamente, sobrio o ebrio. Verificaba temperaturas de dentro y fuera de los lugares que hubiera visitado. Reconocía mis constantes vitales mediante la pulsera digital que llevaba

siempre puesta por lo que podía saber si había hecho deporte, había tenido un día tranquilo o ajetreado, el tiempo que había dormido o incluso si había practicado sexo. Anticipaba incluso si pudiera haber caído enfermo al estar en contacto con otras personas que después de estar conmigo visitaron al médico o frecuentaron farmacias. Grababa por completo conversaciones... sí, las grababa tal y como hacían ya millones de móviles y aplicaciones sin darnos cuenta; ... y lo más interesante de todo era que la aplicación aprendía día a día y encontraba nuevas utilidades consultando un mar inmenso de datos a su disposición. Big Data e Inteligencia Artificial unidos. Incluso llegó a avisarme de la posibilidad de que fuera a ser padre ya que había detectado que una chica con la que me había acostado había comprado un Predictor en una farmacia y ácido fólico en una web de naturopatía. Fue increíble. Menos mal que unos días después confirmó que era una falsa alarma ya que la chica estaba comprando compresas en un Carrefour al lado de su empresa.

Daba MIEDO.

Era GENIAL.

Parecía INCREÍBLE.

Y era un invento MÍO.

La aplicación, el gran sistema, se llamaba Bitácora. Era un software experto basado en técnicas de Inteligencia Artificial que superaba con creces lo que los medios de prensa anunciaban como aplicaciones futuristas. La aplicación recolectaba todo y lo mostraba de forma realmente fascinante. Su nombre fue prestado de los antiguos cuadernos de bitácora, agendas y libros de navegación de los antiguos barcos en los que todo quedaba registrado, desde el rumbo hasta las comidas, raciones de ron o disturbios a bordo. La magia no estaba simplemente en recoger toda esta información sino en cómo extraer conclusiones y cómo representarlas de forma más rápida y automática al usuario. Se basaba en un sistema de aprendizaje profundo, ‘deep learning’, de moda en los mentideros tecnológicos pero que muy pocos habían visto funcionar con utilidad práctica. La aplicación era el producto estrella de la pequeña empresa creada por mi hermano y por mí; una ‘startup’ tecnológica en el radar de todas las grandes multinacionales. El sistema había sido ingenierado para ayudar a enfermos de amnesia como yo. Rápidamente vimos su utilidad en pacientes de alzhéimer, pero finalmente se había convertido en un sistema perverso en manos de unas pocas empresas financieras, operadoras de comunicaciones y gigantes de la información como Google, Apple, Facebook y Amazon. Al final la aplicación se convirtió en un sofisticado sistema de espionaje para directivos, políticos, pederastas, delincuentes, terroristas, golpistas, pero también para gente normal, gente de bien, niños, ancianos, adultos que aprecian su anonimato y eran secretamente espiados con fines comerciales. Con Bitácora se podía saber la vida con pelos y señales de cualquier persona que fuera objeto de estudio. Y la información estaba en manos inadecuadas. Google y Apple podrían camuflar las

funcionalidades directamente en los sistemas operativos de los móviles y el resto de información se procesaba en centros de datos a cientos o miles de kilómetros por empresas privadas con fines lucrativos sin que los dueños de esos móviles supieran que se estaba haciendo con SU información, SUS datos, SU vida.

Cualquiera que hubiera descubierto el sistema hubiera acusado a Bitácora de vulnerar leyes de protección de datos, pero el vacío legal era enorme. Además, varios organismos de seguridad nacional e internacional financiaban el proyecto dando rienda suelta a que con pocas líneas de código se llegara a hackear cualquier sistema y extraer la información para que Bitácora fuera creciendo y creciendo.

A veces, muchas veces, más de las que podía aguantar, dudaba de mi ética frente a lo que estaba construyendo, pero... ¡joder!, me estaba haciendo de oro. Me estaba forrando y disfrutaba de un nivel de vida altísimo como para permitirme chorradás éticas. No escatimaba en gastos y lujo. Una luxuria que acabaría haciendo estragos en mi vida.

La amnesia era un mal menor. Me había acostumbrado a evitar incidentes que pudieran ocasionarla, a evitar los fosfenos de cualquier tipo: evitaba festejos con fuegos artificiales, veladas con chimeneas, fiestas con hogueras, apartaba la mirada de mecheros y cigarros, no miraba nunca el sol y mis ojos iban siempre con las gafas más caras del mercado, no veía películas donde saltaran chispas, ametrallaran o se vieran naves de guerra en llamas más allá de Orión,... Generé voluntariamente una especie de pirofobia que me impedía contemplar o estar cerca de fuegos. Si aparecían las CHIRIBITAS mi mente se derretía perdiendo todo recuerdo reciente. Si me mantenía lejos de todas esas excitaciones lumínicas mi memoria estaba a salvo y podía retener y reproducir mis recuerdos sin problemas.

Pero no siempre lo conseguía y de forma recurrente la "farsita", la FARS, hacía estragos sobre mis recuerdos. Incluso eso llegó a controlarlo. Los estragos comenzaban con un fuerte pinchazo en la parte posterior de la cabeza, justo después aparecían los fosfenos en mis retinas, luego una especie de borrachera mental en la que mis recuerdos recientes se iban diluyendo hasta desaparecer por completo y finalizaban con un dolor de cabeza infernal que me duraba hasta el día siguiente donde mis recuerdos de las últimas horas simplemente ya no existían y habían dado paso a un gran folio en blanco por llenar. Cuando era pequeño y la "farsita" empezaba a hacer sus efectos me aterraba y empezaba a chillar pensando que algún día no recordaría ni quién era.

Una mañana, en la casa de Coteros de Campos donde vivían los abuelos después de salir casi huyendo de Analcor por el grave incidente que ocurrió y marcaría nuestras vidas, después de pasar la noche llorando por mi dolor de cabeza y la pena de los recuerdos perdidos, mi abuelo se sentó a mi

lado, me agarró de la mano y con su voz profunda y sosegada me calmó: "Tranquilo Guillecito, los Cervera somos tipos duros y no lloramos por tonterías". Me dio un beso, me levantó la cabeza empujando con su mano por debajo de la barbilla y me dio un consejo que cambiaría mi vida: "No tienes motivo alguno para recordarlo todo. Límitate a recordar aquellas cosas importantes para ti o para tus seres queridos... sean o no verdad... qué más da... crea tus recuerdos perfectos... que te hagan feliz... nadie nunca te recriminará haberlos inventado si con esos recuerdos haces felices a los demás".

Un par de días después volví a sentarme a su lado junto a la lumbre de la cocina donde arrimaba un puchero y avivaba las brasas con sarmientos secos de la parra del corral. No le gustaba mucho estar acompañado, pero conmigo era diferente. Saboreaba esos momentos de evasión, él solo en la cocina comiendo una ristra de chorizos y cortando la hogaza con su navaja centenaria. Añoraba Analcor y ese recuerdo le dolía. Nunca, NUNCA, me preguntó qué ocurrió la noche del INCIDENTE. Nunca. Y siempre se lo agradecí porque realmente no lo recordaba. Me senté a su lado en el banco de madera. "¿Echas de menos Analcor, abuelo?", le pregunté. Su rostro mostraba surcos de melancolía. "No te imaginas cuánto", contestó. Yo intenté consolarle: "Pero estamos a pocos kilómetros", dije y empecé a mirar el fuego con los ojos bien abiertos para que la FARS apareciera con fuerza y rapidez. Él se percató de mi acción y pasó el brazo por encima de mi espalda para darme refugio junto a su pecho enorme. Ante el primer pinchazo en la cabeza me agarré con fuerza a su brazo. Las chiribitas aparecieron y entonces le di a mi abuelo una hoja arrancada de un libro de 'Moby Dick para jóvenes' donde había apuntado lo que me había pasado en el día. "Abuelo, mañana, cuando me despierte y tenga la memoria borrada del todo me lo lees para que pueda volver a recordar lo que pasó hoy", le dije. La hoja tenía escrita varias actividades del día: "he estado leyendo el libro de Moby Dick y me faltan veinte páginas, he discutido con mamá por culpa de David, he subido a los tesoros con la bici para ver Analcor desde allí, he echado un partido con David, he estado estudiando mucho, pero creo que voy a suspender Física y Química, ...". Mi abuelo leyó una a una las frases escritas a lápiz en la hoja arrancada del libro. Entonces, tiró la hoja a las brasas creando un fagonazo, avivando las llamas que intensificaron mis pinchazos en la cabeza. Me abrazó con fuerza y esperó conmigo a que las chiribitas cesaran y la borrachera mental destruyera en pocos minutos mis recuerdos de ese día. Se limitó a decir: "vale, mi hombrecillo valiente, estate tranquilo, todo irá bien".

A la mañana siguiente, coincidiendo con su horario típico, mi abuelo se levantó y le oí andar por la casa con su paso sosegado para evitar que su ceguera no le pusiera la zancadilla. Trasteara con una radio vieja para sintonizar Onda Clásica. Parecía que los golpes en el lateral del "maldito cacharro infernal" hicieran su efecto y las ondas de radio fueran captadas con

mejor precisión. Entró en la despensa a coger algo, cerró la puerta y subió la estrecha escalera lentamente hasta el primer piso. La cachava le estorbaba golpeando cíclicamente en los escalones. Las maderas de la casa empezaron a crujir y parecía que se fueran a partir haciendo caer a mi abuelo al piso inferior. Por fin llegó hasta mi cama y buscó un hueco tanteando con sus manos para sentarse. Rebuscó a los pies de la cama hasta encontrar la bolsa de agua que usábamos para calentarnos en la noche con agua hirviendo y que al despertar era un témpano de hielo. La retiró para que no me molestara. David dormía profundamente abrazado a la almohada y atravesado en la cama. Me dio una pasta con forma de margarita que hacía mi abuela y guardaba con celo en la despensa debajo de la escalera.

Me tocó la cabeza sabiendo que me dolía a rabiar y obró la magia. Creó la magia frente a los estragos en la memoria provocados por las llamas de la noche anterior. La magia era simple, consistía en hacer felices, orgullosos y con ganas de comerse el mundo a sus personas queridas por cualquier método inimaginable.

Se oía la radio en la planta baja algo más alta que de costumbre, seguramente para que nadie oyera desde abajo lo que mi abuelo me decía. Sonaba Beethoven, el cuarto movimiento, Allegro, de la Sinfonía no.5. Era el 'Himno de la Victoria'.

El mundo se paró para oír hablar a mi abuelo. O quizá fue él el que paró el mundo:

"Guillecito, apenas te acuerdas, pero ayer fue un día maravilloso. Por fin volviste a ver a tus primos, María, Jero y Gus, y juntos nos fuimos a Analcor. Llevabas un año sin hablar con ellos. Estuvisteis cazando ranas, lagartijas y grillos. A la hora de comer te escapaste con tu novia italiana y con los perros, Barril, Lúa, Quijote y Tejero, hasta las bodegas para ayudar a Jero a subir el vino. Comiste arroz a la cubana con tomate Orlando y de postre piña recia de la rica de bote como me gusta a mí. Durante la siesta leíste a David la historia de un cóndor que salvaba almas de los muertos en Los Andes llevándolas en sus garras por encima de las nubes. Por la tarde hubo una carrera de bicis con el resto de los chicos del pueblo y ganaste todos los premios. Las chicas te devoraban con sus ojazos. El Madrile guapo. Por la tarde te atiborraste de aceitunas y Coca Colas con la abuela mientras veías pasar a toda velocidad las golondrinas entre las ventanas del pajar. A la abuela le picaba la garganta al tragár y se reía, hasta soltó un eructo tremendo que hizo derrumbarse la pared del corral de la Felisa y las vacas dejaron de dar leche. Por la noche bajaron los lobos al pueblo y saliste con un cencerro que trajo alguien de Nepal haciendo ruido para ahuyentarlos. Lo conseguiste. Eres un héroe para tu mamá. Tus papás te adoran y los abuelos más todavía. Ya de noche, Jero nos acercó campo a través hasta el monte de

Coteros para destruir todas las trampas y empalizadas para lobos que hay en el Chorco. Cuando volvíamos en el coche, la radio dio la noticia de unos elefantes que se habían escapado de un circo en Nápoles y causando estragos por la ciudad. Nos reímos sin parar por la noticia tan estúpida... en fin... ¿Sabes qué? Fue un día que te cagas, enano."

Yo le miré y sonréi. Me encantó que me recordara lo que REALMENTE había ocurrido el día de antes y ya no se me olvidaría nunca. Aunque sabía que no era cierto y la nostalgia era el motor de esas palabras, los recuerdos se instalaron en mi cabeza para siempre y años después sigo recordando la carrera de bicis, la visita de Gus, el coche nuevo de Jero, la visita a Analcor, los lobos y también, el cóndor que salvaba almas, los cencerros nepalíes, los elefantes huidos por Nápoles, ... todo.

Me quedé en la cama unos minutos más hasta que despertó David. Me tiraba del pijama y gritaba "venga baaaaaja, a desayunar". Entré en la cocina, me acerqué a la lumbre ya apagada y vi la hoja del libro de Moby Dick chamuscada casi por completo. Un trozo de papel amarillento había resistido el fuego de la noche anterior. Había superado los estragos del fuego. Se podía leer:

"El Capitán Ahab anotó el nuevo avistamiento del monstruo en su cuaderno de bitácora".

HABÍA NACIDO "BITÁCORA"

Mis ojos se humedecieron al RECORDAR esos días. Hacía ya veinticinco años. Justo veinticinco años.

Estaba agotado.

Quedaba claro que había cruzado el umbral, atravesado algún punto sin retorno. Nápoles era testigo de mi agotamiento por los estragos sufridos por años y años de arrastrar la FARS, vivir con ella, combatirla y hasta hacerla parte íntegra de mi vida. Me explotaba la cabeza...

...y mi olvido era perpetuo, vacío y obsceno. Tanto que, al verme allí, en el pequeño hotel Boutique de Nápoles, desnudo con el universo sobre mis hombros, decidí ultrajar a la memoria y al propio universo con mis historias imposibles que nunca eran entendidas, ni siquiera contadas, pero tan reales que mataría al que hubiera insinuado tan siquiera que eran fruto de mis ESTRAGOS mentales. ¿Por qué no era mentira lo que veía desde la ventana de mi hotel? ¿Por qué iba a ser mentira la erupción del Vesubio, las carabelas llegadas de oriente y los elefantes que recorrían Nápoles? Era cierto. Todo era verdad. MI VERDAD. Y podía ver cómo los nariños repletos de especias de la India, pimienta, canela y clavo empezaban a ser descargados mediante inmensas carretas de madera tiradas por elefantes teñidos de colores, como recién escapados del sueño daliniano

de Dumbo, de la piscina de la película ‘El Guateque’ o de los acordes hippies del disco de The Beatles ‘Sgt. Pepper’s Lonely Hearts Club Band’, mientras sonaba ‘A day in the Life’. Los mastodontes se iban agolpando en la Piazza Mercato esperando ser liberados de sus pesadas cadenas por la lava incandescente, lenta y espesa que llegaba desde el volcán cercano arrasando Herculano a su paso y entrando por las callejuelas de Nápoles. “Nos vamos a ir, Guillermo, porque de fijo que nos vamos a quemar las pezuñas”, dijo Maha Padma, el mayor de los elefantes, mirándome. “Mierda, sí, con lo hippie que iba yo con estas flores pintadas”, dijo Viru Paksha. “Nos van a cocer las pezuñas al carbón con salsa napolitana, manda huevos”, dijo Hima Pandara. “Huyamos a la carrera, pero disimuladamente para no parecer cobardes”, propuso Saumanasá. “Somos elefantes, por Ganesh bendito, lo de disimuladamente no cuela”, dijo Viru. “Corred, corred, que por ahí viene ya la lava”, boceé desde la ventana del hotel. Un vendaval entró por la ventana barriendo mis papeles. “Nos tostamos las garrillas como los torreznillos sorianos, ¡socorro!”. Y los cuatro paquidermos huyeron cada uno por su punto cardinal preferido rasgándose las patas, reventando las cadenas y dejando que el universo cayera ante mis pies y yo con él, desplomado mientras oía a un enlorquecido marinero llegado de allende los mares gritar de rabia ante los ESTRAGOS del OLVIDO: “porque ya no hay quien reparta el pan ni el vino, ni quien cultive hierbas en la boca del muerto, ni quien abra los linos del reposo, ni quien llore por las heridas de los elefantes”.

1. SOBERBIA. FRESNO JOVEN, CIEGO DE LOS COJONES



soberbia

0. Sentimiento de superioridad frente a los demás que provoca un trato distante o despectivo hacia ellos.
1. Rabia o enfado que muestra una persona de manera exagerada ante una contrariedad.

SIGUE LEYÉNDOLO....